



I CONCURSO DE RELATOS CORTOS “AULACE - FORO FARO CEUTA”

Título: “No llores por mí, Argentina”

Autor: José Ramón Torres Gil

Primer premio

A Martina Inchauspe, cuya peripecia vital me inspiró este relato

*“A veces, puede caber la vida entera
en un triste rellano de escalera”
(De un tango que nadie compuso)*

El agua del cubo es oscura, tanto como lo era el agua lodosa del Paraná en aquel recodo santafecino que acogía sus irreflexivos y felices baños de niña loca, de niña mala que faltó a la escuela el día que tocaba la redacción sobre el general San Martín. Llamó la maestra para informarse y Mamá supo -porque ella se lo dijo, ella nunca le mentía a Mamá- que fue al río con aquellas dos criaturas detestables (Adelita y Miriam, Mamá, le dijo, la hija del gallego Pereira y la del turco Garanian, las que vos no querés, Mamita) y que las tres se metieron al agua sin ropa (desnudita del todo, como los salvajes, Mamita, perdoname, me lo saqué todo porque no quise mojar el vestido azul, tan lindo, ni las prenditas de adentro) y chapotearon y jugaron y rieron hasta que se deshizo la luz entre los sauces y se puso la tarde mansurrona y tierna.

El agua oscura del cubo se extiende, a golpes de fregona mal entrenada, por los escalones que unen los pisos segundo y tercero de este desahogado edificio de oficinas, silencioso desde las seis en punto, animado en parte desde las seis y media por las voces y los pasos de las limpiadoras que exorcizan el cansancio con alguna imperecedera copla de Marifé de Triana. Ella, contagiada, entona los primeros versos de **Caminito**. Apenas alcanza a susurrar “que juntos un día nos viste pasar...” y el punzante recuerdo le tuerce la garganta.



Cuando era niña loca, niña mala, niña inquieta que cambiaba el pupitre escolar por el baño en reprobables compañías, adoraba los tangos que les cantaba Mamá justo antes del beso de buenas noches; adoraba los zortzicos que maltarareaba Papá, el vascón desarraigado, con su voz de océano.

Se va el agua oscura por el retrete y el cubo se rellena de agua limpia que no recuerda el líquido embarrado que acarreaba su Paraná de niña, pero sí parece la misma agua que brotaba del grifo en el servicio del aeropuerto de Ezeiza (y el grifo parece, en su impersonalidad funcional, el mismo grifo) la noche memorable en que estaban por doblarse los cabos de tantas vidas; la noche de las gentes crispadas que se abalanzaban a cada avión con sus cuerpos en fuga, sus almas desalentadas y sus maletas mínimas que encerraban apenas un milésimo de cuanto habían atesorado a lo largo de la vida que se iba quedando atrás. Fue una noche de incesantes despegues, como lo había sido el día, como lo fue el anterior y lo sería el siguiente y el otro y el otro (“el último que salga, favor de apagar la luz”, decía alguien, y la chanza, tan porteña, rebajaba piadosamente la tragedia) mientras hubiera permiso para la huída de quienes identificaban el vuelo -y casi no importaba el destino- con la esperanza de alejarse. De olvidar, también; pero es claro que el olvido era imposible, bastaba con alejarse y desechar el miedo como norma de lo cotidiano. Miedo, por ejemplo, a los teléfonos cuya fúnebre llamada interrumpida confirmaba la inexplicable ausencia de los amigos que no regresaban de no se sabía qué viaje; por ejemplo, a las calles agrisadas con cada esquina patrullada por milicos prepotentes; por ejemplo, a los ominosos **Ford** Falcon que recorrían las calzadas como estandartes mecánicos del Ángel de la Muerte y de la Infamia. Alejarse para no escuchar más, ya basta, las vibrantes arengas de los Jefes de la Junta Militar que pregonaban la grandeza recobrada, la derrota de los enemigos seculares, la inquebrantable decisión de reconstruir la Gran Patria, mientras la pobre patria empequeñecía por minutos, se volvía neurasténica por horas, y amarilleaban sus señas de identidad.

El agua es oscura de nuevo porque ha llegado al tercer piso. Le ha dicho el encargado que se lo tome con calma -“Es un trabajo duro y usted no tiene costumbre, no se vaya a reventar”- pero ella quiere demostrar que no es menos capaz que sus compañeras (rudas neomadrileñas, casi con el tufo pueblerino prendido aún en las medias de lanilla) pese a sus muñecas endebles y sus manos delicadas que se ocuparon de revisar fichas, de acariciar libros, de corregir exámenes en la Universidad donde impartió clases de Psicología hasta hace tres meses y cuatro días, cuando un colega le advirtió de los rumores, y el Decano la



llamó al despacho y le confirmó que andaban investigando sus antecedentes políticos y que su fama de progresista no sería el mejor salvoconducto,

Desde el piso de arriba, la mujer que sidolea la barandilla dice algo sobre el cansancio acumulado. Ella sonríe y agradece que le hable porque ha intuído, desde las primeras ojeadas sin disimulo, el rechazo. En principio a su atuendo: la negra falda, larga y vueluda, la blanca blusa bajo la que se adivina el repudio al sostén, el chaquetón de napa comprado con los ahorros de dos cursos, los zapatos de piel irreprochable por más que requeteusados. Hasta rechazo a la melena suelta, libre de moños y horquillas, libre como ella misma. Rechazo, sin duda, a su acento sin domeñar, a su sintaxis trasatlántica, a su incorregible seseo. “No estoy cansada, no me canso nunca”, dice, como decía cuando regresaba a casa y le preguntaba Juan Crisóstomo, parapetado tras el humo de la cachimba inglesa, repeinado y perfumado con una llovizna de lavanda inglesa.

Juan Crisóstomo no quiso irse. “Esta es mi tierra, aquí me van a enterrar”, se empecinó. Discutieron a lo largo de una semana interminable. Pasaron del frío raciocinio al feroz apasionamiento sin que él cediera en su argumentación. “Sí, puede que hayan detenido a unos cuantos. Se lo merecerían. Este es un país de justicia, somos el país más democrático de Latinoamérica, ¿no es cierto? Entonces, ¿a qué tanta vaina? Ya pasará el sarampión, ya dejarán de joder unos y otros”. No la acompañó al aeropuerto ni la besó en el instante del adios. Hacía siete días que no compartían el lecho, hacía seis que él comenzó a preparar las maletas para mudarse, hacía cinco que ella le dijo que se quedara en la casa y la cuidara hasta la vuelta que no podía demorarse mucho, no más pasara el sarampión y dejaran de joder unos y otros.

Agua clara, frote y refrote sobre el primer escalón del cuarto piso. En el quinto, la compañera se afana con los brillos y grita: “¡Estoy hecha polvo, destrosá viva! Tengo un juanete que no me deja en paz. En mi familia somos juaneteros, ¿sabusté?. Mi marido tiene dos gordísimos, uno en cada pie. Y a mi hija mayor, trece añicos, fíjese, ya le repunta uno a la pobre criatura”.

A ella le divierte tanto como la repele esta historia de juanetes a grito pelado. Hay cosas de las que no se habla, evidentemente. No se habla de los dolores menstruales, de la halitosis, de los diversos olores del cuerpo... Hay cosas demasiado chóquin, habría dicho Juan Crisóstomo en su afán de adaptar modismos ingleses al habla autóctona. Ella, por supuesto, no tiene juanetes. Juan Crisóstomo tampoco los tenía. Los pies de él eran pequeños,



delicados y tibios, calzados con los imprescindibles Oxford de pala vega, importados de Inglaterra y comprados en “Lucini”, al final de Corrientes.

Qué difícil es dejar de pensar en Juan Crisóstomo. Fueron cuatro años perfectos, sin otro capítulo sombrío que el escrito en comandita la última semana. Desde que ella llegó a Madrid ha sido incapaz de relacionarse con un hombre. Y no por fidelidad a un amor que se rompió abruptamente un mal minuto antes de la partida, al asumir que ni siquiera entonces iba él a escuchar sus razones ni a reflexionar -él, siempre tan reflexivo, tan perspicaz- sobre el horrendo sucederse de los hechos cotidianos. No por fidelidad, desde luego, sino porque intuye que ese mínimo lazo de ausencia que se empeña en mantener anudado es lo último que la sujeta a la esperanza del regreso, y si lo deshace, si acepta la mano y el calor de otro hombre, habrá empezado la cuenta de un nuevo tiempo y ya no habrá más que un recuerdo borroso y vacilante, ya no habrá más pena ni más olvido.

Tarda en llenarse el cubo porque ella, ausente, apenas ha girado el mango del grifo y éste genera un chorrito incapaz. Hace quince días que friega escaleras, ya es una profesional y no debería cometer esos errores, pero se le ha ido el pensamiento a las charlas que sostiene con el psiquiatra que ha empezado a frecuentar. Raúl Escolástico, compatriota nacido en un pueblito de la Pampa Seca, ejercía en Rosario hasta que lo sacudió el viento del éxodo. Ahora, desde un oscuro entresuelo de la calle Barquillo, trata de convencer a los madrileños de que visitar al psiquiatra es tan normal como acudir al dentista. A ella le alivia contarle sus miserias, traspasarle sus dudas y sus inseguridades durante media hora. El no le cobra -“Ni hablar de que me pagues, ché, somos sudacas en el destierro, hoy por ti y mañana por mí”- y apenas le habla. Sí le ha aconsejado que no deje el contacto con la Universidad, y ella, obediente, se ha matriculado en un cursillo de la Complutense que, bajo el título de “Kant y los poskantianos”, imparte un pomposo catedrático, más atento a deslumbrar al escaso auditorio con su vacía retórica que a profundizar en la materia. Con todo, ella es feliz de diez a doce. Toma apuntes sin descanso con la letra desordenada y apretada que tanto disgustaba a Juan Crisóstomo, y ha comprado alguno de los libros - todos no, la paga de fregona no da para esos lujos- que recomienda el docente.

La compañera de los juanetes -Encarna, cuatro hijos, el marido en el paro, la sonrisa fresca y optimista- se ha fijado en los libros y en el cuaderno. No se ha fijado, por supuesto, en la carta arrugada que esconde en el puño desde hace una hora, no se ha fijado en la sombra de unas lágrimas. “¿Se ha puesto usted a estudiar?”, pregunta, incrédula. Ella rememora un párrafo (solo uno, el resto es silencio) de la carta leída y releída: aquel que cuenta,



imaginándola, la violenta entrada de los paramilitares en la casa, la inmediata detención de Juan Crisóstomo, su consiguiente desaparición. “Sí, me he matriculado en un curso, por las mañanas”, contesta sin más precisiones. Nadie sabe de Juan Crisóstomo desde un mes antes de escribirse la carta; su rastro se ha perdido en los laberintos de una justicia que no ejerce. La compañera, la Encarna, sonrío como de costumbre y se admira. “¡Qué envidia! Eso tendríamos que hacer todas, estudiar como usted, a ver si salíamos de burras y dejábamos este castigo del fregoteo que me tiene la espalda doblá”.

El agua es limpia ahora, cuando se dispone a comenzar la faena de la tarde, el primer tramo de escalera. Enseguida será oscura, como la del Paraná, como el rostro de los desaparecidos, como la nostalgia que se colgará de su brazo para siempre.

FIN